



A ha aparecido la palabra "líder" para calificar al Papa Wojtyla. La prensa de los Estados Unidos la ha derramado con abundancia en sus editoriales, en sus artículos. Quizá a los católicos les parezca escasa para un Vicario de Cristo, sobre todo porque en estos últimos tiempos está abaratada —cualquiera puede ser líder de un sindicato local, de un pequeño partido, incluso de un grupo social—, pero se está empleando en un tono mayor que entronca con una mística política. La doctrina del **leadership** fue del héroe de la teoría política de Carlyle; fue la del superhombre de Nietzsche. Las formas democráticas de gobierno fueron contrarias al líder; las formas antidemocráticas lo alzaron de nuevo, pero, lo que era mucho peor, lo concretaron, le pusieron nombre y rostro propio. El líder dejó de ser una abstracción para convertirse en Adolfo Hitler, Benito Mussolini o José Stalin. Cuando cayeron, cayó, al parecer para siempre, la teoría.

Lo que se levanta ahora, en torno a Juan Pablo II es naturalmente otra cosa. Habría que enredarse ahora, quizá sin lógica posible a que atenerse, en conceptos como el del milenarismo, desencanto, inconsciente colectivo, terror cósmico, o simplemente vacío político para tratar de explicar algo, a condición de que quien escribe supiera explicárselo previamente. Precisamente la inexplicabilidad de su fuerza y de su presencia es una de las condiciones mitológicas del líder. Tampoco se puede acudir dignamente a los pequeños términos: prefabricación, creación artificial de imagen, o simplemente designios de la Trilateral, de la CIA o de cualquier entidad manipuladora. Si todo está funcionando, es "a posteriori", como un intento de utilización de algo que ha sucedido.

EL LIDER DE OCCIDENTE

EDUARDO HARO TECLEN

El Papa Wojtyla ante el edificio de las Naciones Unidas, en Nueva York.



El hecho es que el Papa Wojtyla, después de su viaje a Estados Unidos, y a menos de un año de su elevación al solio pontificio, se ha convertido en el líder de Occidente. De nuevo habría que detenerse en el significado de una palabra. Occidente no es sólo el lugar donde se pone el Sol: es una forma actual del primitivo dualismo político, que en cierta forma ha venido a representar lo que representaba siglos atrás —y todavía está incluido en el concepto— la cristiandad: una visión simplificada del mundo. Occidente sería la concreción de valores de la **civilización**, una especie de suma de valores, de carácter **natural** (subrayo las palabras equivocadas, pero dotadas de valor carismático para los **occidentales**); es una oposición a Oriente, que fue en tiempos el centro del **peligro amarillo**, y que ahora claramente sirve para designar a la URSS y a los países afines (la idea de que China, por ejemplo, sea pro occidental añade más desbarajuste a este galimatías, pero lo hace quizá más comprensible). Hitler ensalzó a Occidente, que era él mismo; Churchill y Truman creyeron en Occidente, y la alianza militar antisoviética es occidental (la NATO); Occidente es el nombre o parte del nombre de varias organizaciones fascistas, de algunas de sus publicaciones. Y es el centro de una filosofía conservadora.

Si su pensamiento teológico está por encima de todas estas cuestiones, su acción temporal está ayudando a reconstruir la imagen rota de Occidente: Wojtyla tiene unas virtudes aún superiores —y naturalmente no trato de homologar— a las que otro líder de nuestro tiempo está desplegando, el ayatollah Jomeini. Superiores porque tienen una capacidad de despliegue sin límites. Juan Pablo II, predicando contra la violencia en Irlanda, contra la

EL LIDER DE OCCIDENTE

guerra en las Naciones Unidas, pero también a favor de la resistencia en Polonia y en Irlanda, a favor de una recuperación de valores eternos, en pro de una santa intransigencia, está contribuyendo a la reconstrucción de un mundo que se veía caduco. Por ejemplo, en materia de costumbres. Toda la lenta campaña para la reivindicación de la homosexualidad como derecho de una minoría a no ser perseguida, segregada o burlada la ha destruido —entre sus fieles y entre los que, no siéndolo, necesitan de una autoridad moral en que apoyarse, ya que no pueden hacerlo en las científicas ni en las sociológicas— con unas cuantas palabras; lo mismo sucede con el divorcio, con el aborto, con la libertad de las relaciones sexuales prematrimoniales o extramatrimoniales. Incluso con la cuestión de los anti-conceptivos.

Puede decirse que ningún Papa ha sido favorable a nada de esto. Como tampoco ninguno lo ha sido al comunismo, aunque en los últimos años muchos miembros de la Iglesia habían trabajado en un sentido de aproximación de catolicismo y marxismo, al menos como doctrinas. Pero nunca, hasta ahora, sus condenas habían sido tan absolutas —habría que retroceder mucho hacia el pasado— ni tan transmitidas hacia el mundo.

Nunca tampoco las palabras de un Papa habían coincidido tan exactamente con los programas de los grupos que van desde el neofascismo hasta una derecha que se podía calificar de moderada, pero, que cada vez lo es menos. Nunca habían trascendido tanto entre los no católicos que mantienen una ideología parecida: en otras religiones, y hasta en ninguna religión.

Todo ello está teniendo una gran trascendencia política. La aparición del Papa con el carisma de un gran líder tiene una influencia considerable en todos los partidos de formación religiosa; un peso importante en una sociedad que ha ido perdiendo directrices y que se encuentra en un momento de desconcierto. El sentido que puede tener todo este movimiento papista que se está creando, en gran parte de una manera natural, en parte también por un aprovechamiento de la imagen desde los centros de decisión de Occidente, como parte de la campaña antisoviética y anti-comunista, va a ser el de una radicalización. Puede que la Iglesia católica pierda muchas aproximaciones en numerosos países del mundo; las compensará con otras muchas, y más poderosas, que está ganando. Los términos de la radicalización se



van a fijar en nuevos enfrentamientos por materias de costumbres y por razones de democracia y respeto a las minorías, entre los partidos y las asociaciones laicas que defienden determinados derechos y los partidos católicos y los representantes del clero, más las instituciones que se consideran afectas a los valores de Occidente. Va a surgir un nuevo clericalismo, y también un nuevo anticlericalismo, que la mayor parte de los partidos de izquierda se estaban empeñando en erradicar de sus militantes. Todo ello coincide con otros datos de radicalización de la lucha política.

Este es sólo el primer año de Wojtyla. Su sensación de seguridad y de triunfo se acentúa cada día: desde el movimiento de enormes multitudes desgraciadas —como en Irlanda, como en Polonia, como en Méjico— hasta el respeto y la veneración, al menos aparente, de los dirigentes del mundo en la Casa Blanca de Washington. Los apoyos que se le están dando desde sectores interesados van a ir creciendo. Es imposible predecir hasta dónde llegará y qué consecuencias va a tener para el desarrollo de un fragmento —probablemente muy pequeño; pero precisamente el nuestro— de la Historia de la Humanidad. ■ E. H. T.

Wojtyla, nuevo líder de Occidente, junto a un Presidente en declive, Jimmy Carter.

